

VERDADES Y MITOS ACERCA DE LA INVASIÓN DE IRAK*

NOAM CHOMSKY

La invasión de Irak no puede definirse seriamente como una guerra contra Irak, tal como la invasión nazi a Bélgica de 1940 no podía ser definida como una guerra contra Bélgica. La capacidad de resistencia de Irak era tan limitada que la invasión no puede siquiera describirse como una guerra desigual. La declaración del presidente George W. Bush, vestido con ropa de combate y parado en la cubierta del portaaviones Abraham Lincoln –“Estados Unidos y nuestros aliados hemos vencido”– completó un mito¹ cuidadosamente construido. Por eso es importante que recordemos algunos hechos salientes.

LAS RAZONES OFICIALES ERAN ENGAÑOSAS

Cuando los tambores de guerra comenzaron a sonar, a partir de septiembre de 2002, Bush, Colin Powell y los demás funcionarios trataron de asegurarse de que entendiéramos las razones oficiales por medio de una dosis sostenida de auto-contradicción. Un día, la “única cuestión” era si Irak se iba a desarmar. Ari Fleischer, vocero de la Casa Blanca, decía: “Estamos

* Este ensayo se basa parcialmente en las entrevistas con V. K. Ramachandran en Frontline, India (3/04/2003) y con Michael Albert (13/04/2003), ambas publicadas en Znet <www.zmag.org> Traducido por Ruth Felder.

convencidos de que ellos tienen armas de destrucción masiva —esto es de lo que se trataba y se trata la guerra—. Este fue el pretexto utilizado durante toda la farsa de desarme de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). En realidad la Comisión de las Naciones Unidas de Vigilancia, Verificación e Inspección (UNMOVIC) estaba haciendo un buen trabajo para llevar adelante el desarme de Irak, y podría haber continuado si ese hubiera sido el objetivo. Pero luego de que Powell y otros hubieran planteado solemnemente que esta era la “única cuestión”, el presidente Bush afirmó y a la vez rechazó este argumento anunciando que el desarme no era en absoluto el objetivo: aún cuando no hubiera existido un cuchillo de bolsillo en todo Irak, EUA hubiera invadido de todos modos, porque estaba comprometido con el “cambio de régimen”. Luego escuchamos que tampoco se trataba de eso. En la cumbre de las Azores, donde Bush y Tony Blair lanzaron su ultimátum a la ONU —“hagan lo que nosotros decimos o vuélvanse ‘irrelevantes’”— quedó claro que la invasión habría de llevarse a cabo incluso si Saddam y su banda abandonaban el país. Entonces, “cambiar el régimen” no era suficiente: debía modificarse por el régimen correcto, uno que, tomando prestada la terminología británica que solía regir en la región, brindara a los gobernantes estadounidenses una “fachada árabe”. Otras veces escuchamos que el objetivo era la “democracia” en el mundo. Los pretextos dependían de la audiencia y las circunstancias. Ninguna persona pensante podría tomar esta charada seriamente.

Para empezar, Irak no era una fuerza militar y había sido ampliamente desarmada durante los ‘90, a la vez que buena parte de la sociedad iraquí había sido empujada al borde de la supervivencia por las sanciones que, usando la cobertura de la ONU, habían impuesto EUA y el Reino Unido. Su gasto militar y su economía representaban aproximadamente un tercio de los de Kuwait, que tiene apenas el 10% de la población iraquí, bastante por debajo de otros países de la región, y mucho más aún cuando se los compara con los de la superpotencia regional, Israel (actualmente, una base militar *offshore* de EUA). Y la fuerza invasora no sólo tenía un poder militar absolutamente abrumador, sino que también poseía amplia información útil para guiar sus acciones; información que había sido obtenida a través de la observación satelital y los sobrevuelos llevados a cabo durante muchos años, y más recientemente mediante el vuelo de los aviones espía U-2 que, con el pretexto del desarme, seguramente enviaban datos a Washington.

LA “DEMOCRACIA” ERA CUALQUIER COSA MENOS EL OBJETIVO

De manera consistente, EUA se ha opuesto a la democracia en Irak tanto como en cualquier otro lugar, a menos que esta se mantuviera dentro de estrechos límites. Esta perspectiva emerge con gran claridad de los registros históricos y documentales. Un destacado académico, que participó de los programas de “promoción de la democracia” durante el gobierno de Ronald Reagan, describe adecuadamente el objetivo como “formas limitadas de cambio democrático desde arriba hacia abajo que no pusieran en peligro las estructuras tradicionales de poder históricamente afines a EUA”².

En 1991, Saddam Hussein fue autorizado a reprimir brutalmente un levantamiento cuyo objetivo era derrocarlo y dejar al país en manos de los iraquíes, quienes probablemente no se hubieran sometido a Washington lo suficiente. Los que ahora pretenden estar espantados por las fosas colectivas (que siempre supieron que existían) y eligen suprimir la explicación que habían dado en su momento —esto es, que era correcto para Washington autorizar la masacre, porque Saddam “ofrecía a Occidente y a la región una esperanza mejor de estabilidad de su país que aquellos que habían sido sus víctimas”³— entendieron muy bien esta situación. El principal periodista del *New York Times* en asuntos del Medio Oriente, quien ahora escribe que las fosas colectivas justifican su argumento moral a favor de la invasión, contó una historia bastante diferente cuando en 1991 se tomó la decisión de no permitir que los iraquíes derrocaran a Hussein. “El mejor de todos los mundos para Washington —explicaba—, sería ‘una junta iraquí con puño de hierro sin Saddam Hussein’, pero que gobernara como lo hacía Saddam”. Como esto no era posible, simplemente tendríamos que respaldar a Saddam, el amigo y aliado de Washington, que a pesar de haber caído en desgracia cuando desobedeció (o tal vez malinterpretó) las órdenes e invadió Kuwait en agosto de 1990, era una opción mejor que un Irak gobernado por el pueblo iraquí⁴. Doce años más tarde, la cumbre de las Azores no hizo más que reiterar esta posición: los iraquíes pueden gobernar Irak tanto como los amigos latinoamericanos de Washington podían gobernar el “patio trasero” de EUA o como los propios iraquíes gobernaron su país bajo supervisión británica luego de la Primera Guerra Mundial.

Durante los años siguientes, el feroz régimen de sanciones de EUA y el Reino Unido devastó a la sociedad iraquí pero fortaleció al tirano, forzando a la población a depender de su sistema (altamente eficiente) de distribución de bienes básicos para sobrevivir. Así, las sanciones frenaron la posi-

bilidad de una revuelta popular del tipo de las que habían derrocado a una serie impresionante de otros monstruos firmemente apoyados por los actuales ocupantes de Washington: Ferdinand Marcos, François *Papa Doc* Duvalier y Nicolai Ceausescu hasta el final de sus gobiernos sangrientos, junto con Joseph-Désiré Mobutu, Mohamed Suharto y una larga lista, algunos de los cuales eran tan tiránicos y bárbaros como Saddam. De no haber sido por las sanciones, Saddam bien podría haber seguido ese mismo camino, tal como lo señalaron los occidentales que mejor conocen Irak, Denis Halliday y Hans van Sponeck, quienes fueron coordinadores de la misión humanitaria de la ONU acompañados por un equipo internacional de cientos de investigadores que recorrían diariamente el país⁵.

En los primeros días de la invasión, Leith Kubba, una de las voces opositoras seculares iraquíes más respetadas fuera del país, vinculado con el *National Endowment for Democracy* del Congreso*, un organismo creado por el Congreso de EUA, demandó que la ONU tuviera un rol vital luego del final de la guerra y rechazó la posibilidad de que EUA controlara la reconstrucción. Y una de las principales figuras de la oposición chiíta, el líder del Consejo Supremo para la Revolución Islámica en Irak, Sayed Muhamed Baqer al-Hakim, declaró a la prensa desde su exilio en Irán: “nosotros entendemos que esta guerra es una imposición de la hegemonía estadounidense en Irak”, agregando que percibían a EUA como “una fuerza de ocupación más que de liberación”. Enfatizaba que la ONU debía supervisar la elección y llamaba a las “tropas extranjeras a abandonar Irak” y a dejar a los iraquíes a cargo. Reiteró esta postura en su retorno a Irak el 10 de mayo de 2003.

En términos generales, es probable que la mayoría chiíta se una al resto de la región en busca de relaciones más estrechas con Irán, que es lo último que quieren los bushistas. Los kurdos, el componente de la población que le sigue en número, probablemente busque alguna clase de autonomía dentro de una estructura federal, lo cual sería un anatema para Turquía, principal base regional para EUA. Una democracia genuina en la región produciría resultados incompatibles con los objetivos hegemónicos norteamericanos. Estudios recientes indican que, de Marruecos al Líbano y al Golfo, una gran mayoría de la población desea que los líderes religiosos islámicos tengan mayor protagonismo en el gobierno y aproximadamente el 95% cree que el único interés de EUA en la región es el control de su petróleo y el fortalecimiento de Israel.

Imaginar que Washington toleraría elecciones realmente democráticas en Irak y que respetaría el resultado de las mismas fue siempre una fantasía.

* N. de la T.: el mencionado Kubba encabeza, además, el Movimiento Reformista Democrático Iraquí, con sede en Londres.

Los hacedores de políticas en EUA querían un régimen títere, siguiendo las prácticas vigentes en el resto de la región y, más claramente, en regiones como Centroamérica y el Caribe que habían estado bajo dominación estadounidense durante un siglo. Brent Scowcroft, el asesor nacional de seguridad de Bush padre, recientemente repitió lo obvio: “¿Que pasará la primera vez que celebremos una elección en Irak y ganen los radicales? ¿Qué harían? Nosotros seguramente no los vamos a dejar asumir”⁶.

El desprecio que tiene la Administración Bush por la democracia fue aún más flagrante en relación con los estados que se negaron a sumarse a la invasión. El fracaso de los así llamados “esfuerzos diplomáticos” –de hecho, el fracaso de la coerción, los sobornos y amenazas– para ganar el apoyo de estos estados se debió a la oposición masiva de la vasta mayoría de la población de los mismos. El caso más elocuente fue el de Turquía, muy vulnerable a los castigos e incitaciones de EUA. Sin embargo, para sorpresa de todos, el nuevo gobierno turco no pudo lograr que el parlamento respaldara el rol que le había reservado EUA al país, rechazado por el 95% de la población. Turquía fue ásperamente condenada por esta posición en EUA, al igual que Francia y Alemania, ya que sus gobiernos adoptaron la posición de la abrumadora mayoría de sus poblaciones, mientras que países como Italia y España (y por supuesto el Reino Unido) fueron elogiados: sus líderes aceptaron seguir a Washington a pesar de la oposición de una mayoría de votantes aún más amplia que la de la ultrajada vieja Europa. El criterio que diferenciaba a la vieja Europa (denunciada y castigada) de la nueva (elogiada y recompensada) era bastante claro: si un gobierno asumía la misma posición que la vasta mayoría de su población, este pertenecía a la vieja Europa; si seguía las órdenes marciales emanadas desde Crawford, Texas, y desdeñaba las perspectivas de la inmensa mayoría de sus poblaciones, era parte de la excitante y promisoría nueva Europa, la ola del futuro en la cruzada por la democracia.

Todo esto estuvo acompañado por una amplia celebración en los medios de las convicciones democráticas de líderes que en realidad estaban expresando su odio por la democracia con dramática claridad. Si esto hubiera estado pasando en Andorra podría haber sido gracioso, pero no lo era cuando sucedía ante nuestros ojos en el estado más poderoso de la historia, el cual había proclamado su intención de gobernar el mundo, por la fuerza de ser necesario.

El miedo y el odio a la democracia sustantiva por parte de las elites no son nuevos ni sorprendentes. Pero no recuerdo nada similar a este desprecio abierto y descarado por la creencia de que la voz del pueblo tiene que tener algún rol en una “democracia”. No sólo los funcionarios guberna-

mentales adoptaron esta posición con remarcable uniformidad; también lo hicieron muchos comentaristas, incluyendo liberales como Thomas Friedman*, quien nos informó que “Francia, como dicen en el jardín de infantes, no sabe jugar bien con otros” y debería, por lo tanto, ser reemplazada en el Consejo de Seguridad por India, que es “seria”, ahora que está gobernada por un partido nacionalista de ultraderecha que, según él cree, tiene más voluntad de “jugar bien” con los virtuosos de Washington. Según sus estándares, las poblaciones de Europa deben estar en la guardería, ya que de acuerdo con una encuesta realizada en aquel momento por Gallup, que no fue difundida, la mayoría se oponía, aún más fuertemente que Francia, a la guerra de Bush y Blair. Se generó una amplia literatura para explicar por qué Francia, Alemania, Turquía y otros estaban tratando de minar el poderío de EUA. Para estos comentaristas parecía inconcebible que, cuando la gran mayoría de la población tiene una opinión, un gobierno pueda querer prestarle alguna atención.

Este desprecio por la democracia por parte de la Administración Bush y sus partidarios fue igualado por su desprecio por el sistema internacional. Hubo incluso llamados a disolver la ONU, que había “fracasado” (es decir, había fracasado en respaldar la política de EUA). EUA no intentará dismantelar la ONU pero se asegurará de limitar aún más su rol, porque si no vá a obedecer órdenes, qué utilidad tiene? Como lo planteaba el moderado Colin Powell, la ONU puede dar autorización para que EUA haga lo que se propone hacer o puede “dejar de operar y tener otras discusiones”, pero esas son sus únicas opciones: seguir órdenes o constituirse en una sociedad de debates. No hay nada particularmente novedoso en esto, como lo revela la historia de vetos desde que la ONU alcanzó cierto grado de independencia en los ‘60 (con EUA liderando ampliamente, seguido por el Reino Unido, sin que otro país pueda acercarse). Pero el carácter extremo de las posiciones recientes tiene un significado no menor.

EL MOTIVO PRINCIPAL: PROMOVER UNA “ACCIÓN EJEMPLARIZADORA”

En septiembre de 2002 la Administración Bush lanzó su estrategia de seguridad nacional provocando el estremecimiento de todo el mundo, incluso al interior de la propia elite de relaciones exteriores de EUA. Aunque había muchos antecedentes, esta estrategia rompió una nueva

* N. de la T.: Thomas Friedman es columnista en temas internacionales del *New York Times*.

marca: por primera vez en el mundo de posguerra un estado poderoso anunció, de manera fuerte y clara, que tenía intenciones de gobernar el mundo para siempre, destruyendo por la fuerza cualquier desafío potencial que pudiera percibir. Esto suele ser definido como una doctrina de “guerra anticipatoria” [*pre-emptive*]. Es un error: va mucho más allá de la anticipación. A veces se la denomina, con más precisión, doctrina de “guerra preventiva” [*preventive*]*, pero esto también subestima la doctrina. Ninguna amenaza militar, por más remota que sea, necesita ser prevenida; los desafíos pueden ser tramados a voluntad, y pueden no involucrar ninguna otra amenaza más allá que el propio “desafío”. Aquellos que prestan atención a la historia y a los registros documentales serán conscientes de que un “desafío exitoso” ha sido usado a menudo para justificar el recurso a la fuerza en el pasado, a veces bajo el nombre de “mantenimiento de la credibilidad” al estilo de los capos de la mafia.

Desde el principio, la doctrina fue entendida como una autorización para que el gobierno estadounidense recurriera a la guerra contra un país que tiene o está desarrollando armas de destrucción masiva. Tal vez la consecuencia más importante del colapso de los argumentos de EUA y el Reino Unido acerca de las armas de destrucción masiva en Irak es la reinterpretación de esta doctrina. Como Bush y otros dejaron en claro, basta que un país tenga el “potencial” para desarrollar armas de destrucción masiva para que este sea elegido como blanco de ataque. El presidente anunció que la búsqueda de estas armas fue exitosa, ya que se encontraron dos remolques que podrían haber sido usados con el propósito de producir armas nucleares. De acuerdo con este criterio, virtualmente todos los países son blancos legítimos de ataque, tanto en la actualidad como en un futuro indefinido. Entonces, el alcance de la doctrina se vuelve bastante impresionante.

Cuando se anuncia una nueva doctrina, deben llevarse a cabo acciones que demuestren su seriedad, de modo tal que, al decir de los analistas jurídicos y académicos, esta pueda volverse una nueva “norma en materia de relaciones internacionales”. Es importante establecer normas de este tipo si uno espera gobernar el mundo por la fuerza durante un futuro previsible. Tal como lo señaló Roger Owen, historiador de Harvard especializado en Medio Oriente, al discutir las razones de la invasión a Irak: la acción que se necesitaba en este caso era una guerra de “naturaleza ejemplificadora”⁷. La acción ejemplificadora enseña una lección que otros deben aprender.

* N. del T.: ante la dificultad que presentan los términos *pre-emptive* y *preventive*, hemos optado por utilizar en español los conceptos de “guerra anticipatoria” y “guerra preventiva”, respectivamente.

El blanco debe tener ciertas cualidades cruciales: debe ser importante –no tiene caso ilustrar la doctrina por medio de la invasión a Burundi– y debe estar indefenso. Irak cumplía perfectamente con ambas condiciones. Su importancia es obvia, y otro tanto sucede con la requerida debilidad. Era entonces una elección perfecta para una acción ejemplificadora que estableciera la doctrina del dominio global por la fuerza como una nueva “norma”. Esto se reconoció no bien el caso testigo fue declarado exitoso. La publicación de la Estrategia de Seguridad Nacional de EUA se refería al tema diciendo que “fue la señal de que Irak sería la primera prueba, no la última”. El *New York Times* informó: “Irak se transformó en el globo de ensayo en el cual esta política fue experimentada”. Luego de que la norma estuvo establecida, un alto funcionario agregó que “nosotros no dudaremos en actuar solos, si es necesario, para ejercer nuestro derecho de autodefensa a través de la acción anticipatoria”. Paulatinamente, el concepto de anticipación ha sido reformulado para referir a lo que el Tribunal de Nuremberg llamó el “crimen supremo” de librar una guerra no provocada, que es lo que ahora utiliza la Administración Bush para hacer lo que le parece apropiado⁸.

Era de imaginar que la sociedad iraquí colapsaría, que los soldados invadirían y que EUA podría establecer el régimen que prefiriera y erigir bases militares. EUA estaría a continuación en una posición mejor para encarar los casos más duros: Corea del Norte, Irán y Siria, pero también hay otros blancos posibles, por ejemplo la región andina. Esta tiene recursos importantes, incluyendo petróleo; está fuera de control, con peligrosos movimientos populares independientes; y rodeada de bases militares estadounidenses, con tropas ya instaladas en el terreno.

EL ATAQUE A IRAK Y LA ESTRATEGIA ELECTORAL REPUBLICANA

La declaración de la nueva Estrategia de Seguridad Nacional y la propaganda para preparar a la opinión pública estadounidense para la invasión coincidieron con el inicio de la campaña electoral para las elecciones legislativas de noviembre de 2002, en septiembre del mismo año. Karl Rove, a cargo de la campaña de la Administración, ya había explicado que los republicanos debían “avanzar en el tema de la seguridad nacional [porque los votantes] confiaban en el Partido Republicano [para] proteger a América”⁹. No hace falta ser un genio de la política para darse cuenta de que la Administración Bush no habría tenido chances si los temas económicos y sociales hubieran dominado la elección. Por lo tanto, era necesario inventar

una amenaza a la supervivencia nacional para que el presidente la superara brillantemente. La estrategia funcionó, limitadamente, para esta elección. Las encuestas revelan que los votantes mantuvieron sus preferencias, pero suprimieron sus preocupaciones acerca del empleo, las pensiones, los beneficios, etc. en favor de la seguridad. Como Rove explicaba amablemente, algo similar será necesario para la campaña electoral de 2004*. El *Wall Street Journal* estuvo bastante acertado al plantear que la operación del Partido Republicano en el portaaviones Abraham Lincoln no fue la declaración del fin de la guerra, sino el inicio de la campaña presidencial de 2004, la cual, coincidentemente, estaba siendo demorada por varias semanas para que pudiera iniciarse en Nueva York inmediatamente después del 11-S.

Todo esto ha sido inherente a la naturaleza de la Administración Bush. Sus integrantes fueron mayoritariamente reciclados entre los sectores más reaccionarios de las administraciones de Reagan y Bush padre. Saben que fueron capaces de gobernar el país por doce años y llevar a cabo programas internos con gran oposición pública recurriendo periódicamente al botón del pánico, como se había hecho en el caso de los libios, quienes en términos de Reagan intentaban “expulsarnos del mundo”; o en el caso de la base aérea en Grenada desde la cual los rusos pretendían bombardear EUA; o con los nicaragüenses que sólo “a dos días de distancia en auto de Harlingen, Texas” planeaban tomar el hemisferio; o los criminales negros a punto de violar a tu hermana (invocados por Willie Horton en la campaña presidencial de 1988); y, finalmente, narcotraficantes hispanos a punto de destruirnos. Cada año aparecía una de estas cosas. En 1985, la Administración Reagan declaró la Emergencia Nacional por la amenaza planteada por el gobierno de Nicaragua a la seguridad de EUA. Virtualmente las mismas palabras fueron usadas cuando el Congreso autorizó la invasión a Irak en octubre de 2002, poco después de que se iniciara la campaña propagandística.

Si los reducidos —e inusualmente corruptos— sectores de poder y privilegio privados representados por la Administración Bush han de llevar adelante su programa reaccionario interno por sobre la fuerte oposición popular, y han de asegurarse de que sea difícil reconstruir lo que se está desmantelando, hay que hacer que los estadounidenses se sientan bajo amenaza constante. La declaración de Bush de que los estadounidenses “se niegan a vivir con miedo” fue precisamente lo opuesto al objetivo y a las consecuencias de la propaganda y de las políticas de “seguridad” interior instituidas por su gobierno¹⁰.

* N. de la T.: cosa que efectivamente ocurrió en las elecciones presidenciales de noviembre de 2004.

EL CRUCIAL PAPEL PROPAGANDÍSTICO JUGADO POR LOS MEDIOS

El tambor de guerra comenzó a sonar en septiembre de 2002, y la campaña de propaganda gubernamental en los medios fue espectacularmente exitosa. Los medios transmitieron la propaganda del gobierno acerca de la amenaza a la seguridad de EUA planteada por Irak, su participación en el 11/9 y demás terrorismos, etc., a veces adornándola por su cuenta. La mayoría de la población rápidamente se convenció de que Irak era una amenaza inminente para la seguridad de EUA. Poco después, casi la mitad estaba convencida de que Irak era responsable por los ataques del 11-S (comparado con el apenas 3% que lo estaba inmediatamente después de los ataques). No sorprende que estas creencias cuidadosamente manipuladas estuvieran correlacionadas con el apoyo a la guerra. Se trataba de creencias que eran exclusivas de EUA. Luego de septiembre de 2002, EUA se convirtió en el único país del mundo en el que el 60% de la población adulta creía que Irak representaba una amenaza inminente para su seguridad. Saddam Hussein no era temido sino despreciado en países como Kuwait e Irán, que habían sido invadidos por aquel. Kuwaitíes e iraníes sabían perfectamente bien que Irak se había transformado en el estado más débil de la región. Pero un ataque propagandístico altamente efectivo alejó al público estadounidense del espectro de la opinión mundial. Esto fue un éxito contundente de lo que Anatol Lieven* llamó “un programa de propaganda que, por su mendacidad sistemática, tiene pocos paralelos en democracia en tiempos de paz” (aunque, de hecho no es tan inusual). El logro es seguramente entendido por sus perpetradores y no debe ser ignorado por quienes se preocupan por el destino del mundo.

Como resultado de estos éxitos, Bush pudo incluso proclamar, en su espectacular despliegue a bordo del portaaviones Abraham Lincoln, que la conquista de Irak era una victoria en la “guerra contra el terror”. Sus asesores y escritores de discursos seguramente tenían conciencia de que la única relación conocida entre Irak y el terror al estilo Al-Qaeda era que la invasión llevó a una abrupta “alza en el reclutamiento”¹¹ para Al-Qaeda y que fue “un gran retroceso en la ‘guerra contra el terror’”¹², tal como lo observaron altos funcionarios y otros especialistas, y como lo habían predicho ampliamente las agencias de inteligencia, entre otros. Pero en un siste-

* N. de la T.: miembro de la Fundación Carnegie para la Paz Internacional, centro de estudios especializado en temas de paz y seguridad mundiales, con sede en Washington.

ma doctrinario bien manejado, aún una declaración tan estrafalaria como esta puede ser anunciada con escasos temores de una significativa contradicción en la corriente principal de opinión.

La discusión previa a la invasión estuvo estrechamente restringida a “los temas pragmáticos”. La pregunta era si el gobierno de EUA saldría adelante con sus planes pagando costos internos aceptables. Una vez comenzado el ataque a Irak, informar acerca de este se transformó en gran medida en un ejercicio vergonzoso de aliento para el equipo local, lo cual espantó a buena parte del resto del mundo, así como a muchos dentro del propio país. Pero el efecto del pánico inducido por la propaganda mediática del gobierno persistió. Estudios difundidos en junio revelaron que el 34% de la población creía que EUA había encontrado armas de destrucción masiva en Irak (un 7% adicional no estaba seguro), y un 22% creía que Irak había usado armas químicas o biológicas durante la guerra (un 9% adicional no estaba seguro).

LAS ELITES GLOBALES ESTÁN DIVIDIDAS

Los estrategas esperan que su versión de la globalización siga su curso. La inteligencia estadounidense predice que la misma llevará a una “profundización de la brecha económica” y a una “volatilidad financiera crónica”, profundizando el pobre desempeño económico que ha acompañado a la adhesión a las “reformas neoliberales”. La inteligencia también predice que “la profundización del estancamiento económico, la inestabilidad política y la alienación cultural alentarán el extremismo étnico, ideológico y religioso, así como la violencia que suele acompañar a este”, buena parte de la cual estará dirigida contra EUA¹³. Los estrategas militares hacen predicciones similares; en parte, estos han sido los motivos para la militarización del espacio desde los años de Clinton.

Es claro que la Administración Bush está agravando estos problemas al decir al mundo: “si ustedes están indefensos, nosotros nos sentimos libres para atacarlos cuando queramos; pero si ustedes tienen capacidad disuasiva, nosotros vamos a retroceder, porque sólo atacamos blancos indefensos”. Comparemos Irak con Corea del Norte. Irak estaba indefenso y débil. A pesar del monstruo horrible que lo gobernaba, no representaba amenaza alguna para nadie. Corea del Norte, en cambio, no ha sido atacada porque tiene fuerza disuasiva. Tiene artillería orientada a Seúl, y si EUA ataca, puede destruir gran parte de Corea del Sur y causar un número sustancial de víctimas entre las fuerzas estadounidenses estacionadas cerca de la frontera (que serían desplazadas hacia el sur, lo que causa una considerable preocupación en Corea por miedo de lo que esto implica).

Así, EUA está diciendo a los países del mundo que desarrollen una red terrorista o armas de destrucción masiva o algún otro disuasivo creíble. La CIA y otras agencias de inteligencia, así como muchos especialistas en asuntos internacionales y terrorismo, han alertado acerca de los riesgos que acompañan a la nueva doctrina de “guerra preventiva” de EUA, y algunos han advertido específicamente acerca de los posibles estímulos al terrorismo y a la proliferación de armas de destrucción masiva¹⁴.

Seguramente esta es en buena medida la razón por la cual la invasión a Irak fue firmemente rechazada en los principales centros del capitalismo corporativo. En enero de 2003, en el Foro Económico Mundial en Davos, la oposición fue tan fuerte que Powell fue prácticamente abucheado cuando trató de presentar un argumento a favor de la guerra. Con los últimos restos de un orden mundial que está siendo despedazado, la Administración Bush le está diciendo al mundo que nada importa excepto la fuerza. Pero las elites económicas y diplomáticas están preocupadas por la posibilidad de que otros no toleren esto por demasiado tiempo. Temen que el militarismo de la Administración Bush pueda resultar muy costoso para sus propios intereses o inclusive para su supervivencia.

Los planificadores militares estadounidenses reconocen perfectamente los peligros. Esto forma parte de su lógica para incrementar el gasto militar y para militarizar el espacio, acción que el resto del mundo ha tratado de impedir, sin mucha esperanza, mientras el tema se mantenga fuera de la atención de los estadounidenses, que tienen la responsabilidad primaria de detenerla. Podrían detenerla si supieran de ella. Tal vez esta es la razón por la cual algunos hechos importantes ocurridos en octubre de 2002 no fueron siquiera dados a conocer, entre ellos la negativa de EUA, secundada únicamente por Israel, a apoyar las resoluciones de la ONU reafirmando el Protocolo de Ginebra de 1925 que prohíbe el uso de armas biológicas y reforzando el Tratado del Espacio Exterior de 1967, que prohíbe el uso del espacio para fines militares, incluyendo armas ofensivas que bien pueden llevar la experimentación de la biología con la inteligencia humana a un final sin gloria.

LA FUERZA SIN PRECEDENTES DE LA OPOSICIÓN A NIVEL MUNDIAL

La oposición mundial a la invasión fue enorme y sin precedentes. Estuvo motivada, en buena medida, no sólo por el ataque sino también por la estrategia general de establecimiento de la nueva “norma” de la cual el ataque era un caso de prueba. Los sondeos de opinión previos a la guerra indican una oposición menor en EUA que en cualquier otro lugar (durante y des-

pués de la guerra, estas mediciones tienen un significado completamente diferente), pero sus resultados son engañosos. Es necesario tener en cuenta el factor pánico, exclusivo de EUA. Si se elimina este factor, la oposición del país probablemente no sería muy diferente del promedio global, que fue abrumador.

A menudo se hacen comparaciones con Vietnam que resultan reveladoras. Artículo tras artículo se pregunta “¿dónde están quienes protestaban en la era de Vietnam?”. La comparación pone de manifiesto que el notoriamente bajo nivel de oposición de las elites a la guerra de Vietnam todavía persiste, al punto de que ni siquiera se reconocen los hechos. Efectivamente, durante varios años hubo muy pocas protestas en general. EUA atacó Vietnam del Sur en 1962, cuando la Administración Kennedy anunció que la fuerza aérea estadounidense estaba bombardeando el país y también comenzó a usar napalm y químicos para destruir la provisión de alimentos, a realizar operaciones encubiertas frente a la resistencia local y a implementar programas que llevaron a millones de personas a lo que luego se transformaría en campos de concentración. Este tipo de acciones es lo que nosotros consideramos el crimen de guerra de agresión cuando es llevado a cabo por nuestros enemigos. La protesta era virtualmente inexistente.

Y no alcanzaría una escala sustantiva sino hasta varios años más tarde. Para entonces, Vietnam del Sur había sido devastado, cientos de miles de soldados estadounidenses estaban en el terreno y Washington había extendido la guerra al resto de Indochina. En 1965, años después de la agresión, en la liberal Boston, las demostraciones pacifistas eran dispersadas por la fuerza con el apoyo de la prensa liberal y de la radio que denunciaban a la gente que se atrevía a protestar contra una guerra americana. En 1966, incluso reuniones en iglesias llegaron a ser enfrentadas por contra-manifestantes.

La reacción a la invasión a Irak fue marcadamente diferente. Hubo enormes protestas bastante antes de que comenzara el ataque. Las mismas se reiteraron el día en que este fue lanzado, y no hubo contra-demonstraciones. Esta es una diferencia radical. Y la oposición hubiera sido mucho más importante de no haber sido por la espectacular campaña de propaganda mediática del gobierno.

No debemos subestimar el significado de este cambio de las actitudes públicas. La protesta contra la guerra en Indochina se desarrolló lentamente, pero una vez que comenzó, en el marco de un activismo de más amplio alcance, tuvo efectos importantes. Para 1968, el Estado Mayor Conjunto era reticente a enviar más tropas a Vietnam porque temía necesitarlas para controlar a la población en EUA. La Administración de Reagan adoptó inicial-

mente el modelo de Kennedy de la “guerra contra el terror” declarada en América Central, pero retrocedió luego de imprevistas protestas populares y se inclinó entonces por el “terror clandestino”, lo que implica que la población de EUA es mantenida en la ignorancia mientras que todo el resto de la gente está al tanto. Un documento de la primera Administración Bush filtrado en 1989 describía cómo EUA debería pelear las guerras en el futuro. Decía que en conflictos con “enemigos mucho más débiles” (la única clase de enemigos que es sensato enfrentar) las fuerzas militares estadounidenses deben “derrotarlos decisiva y rápidamente”, o el apoyo popular se vería erosionado. Ya no son los ‘60 en los que una guerra podía pelearse por años sin oposición alguna. El gobierno sabe que no puede llevar a cabo una agresión y destrucción a largo plazo como en Vietnam porque la población no lo toleraría. El sistema doctrinario ha inventado un “síndrome de Vietnam” basado en el miedo a tener víctimas, pero esto es sólo un mecanismo para ocultar las razones reales que resultan doctrinariamente inaceptables: existe mucha menos tolerancia pública para la agresión y la violencia.

La agenda del movimiento contra la guerra debe ahora orientarse a trabajar para asegurar que Irak sea gobernado por iraquíes genuinamente representativos e independientes, y para que EUA y el Reino Unido brinden reparaciones masivas por lo que hicieron en Irak durante 20 años (apoyar a Saddam Hussein, dos guerras, y las sanciones brutales que probablemente causaron mucho más daño y muertes que las guerras). Si esto es pedir demasiado, se debe demandar al menos ayuda masiva destinada a que los iraquíes la utilicen como mejor les parezca, ayuda que no sean subsidios de los contribuyentes estadounidenses a Halliburton y Bechtel. También debe ser prioridad de la agenda que se ponga fin a las políticas extremadamente peligrosas anunciadas en la Estrategia de Seguridad Nacional y llevadas a cabo en un “tubo de ensayo”. En relación a esto, deben hacerse esfuerzos serios para bloquear el próspero negocio de venta de armas que se prevé alegremente que resultará de la guerra, y que también contribuirá a hacer del mundo un lugar más terrible y peligroso. Pero eso es sólo el principio. El movimiento contra la guerra está indisolublemente ligado a los movimientos por la justicia global que tienen objetivos mucho más ambiciosos.

NOTAS

- 1 Publicada en el *Guardian* (2/05/2003).
- 2 Thomas Carothers, "The Reagan Years", en Abraham Lowenthal, ed., *Exporting Democracy*, Baltimore: John Hopkins University Press, 1991 y *In the Name of Democracy*, Berkeley: University of California Press, 1991; referido al patio trasero en Centroamérica y el Caribe, que aporta las más instructivas lecciones a lo largo de un siglo.
- 3 *New York Times* (11/04/1991).
- 4 Thomas Friedman, *New York Times* (4/06/1991).
- 5 Para comentarios recientes ver van Sponeck, "Too Much Collateral Damage", Toronto, *Globe and Mail* (2/07/2002); Denis Halliday, "Scylla and Charybdis" y Hans van Sponeck, "The Policy of Punishment", *Al-Ahram Weekly* (26/12/2002).
- 6 Citado por Bob Herbert, "Spoils of War", *New York Times*, Op-Ed. (10/04/2003).
- 7 En *Al-Ahram Weekly* (3 al 9/04/2003).
- 8 David Sanger y Steven Weisman, "Bush's Aides Envision New Influence in Region", *New York Times* (10/04/2003).
- 9 Adam Nagourney y Richard Stevenson, "Pushing an Agenda Far from Iraq", *New York Times* (5/04/2003).
- 10 Discurso del presidente Bush en Cincinnati (7/10/2002).
- 11 David Johnston y Don Van Natta, "US Officials See Signs of Revived Al-Qaeda in Several Nations", *New York Times* (17/05/2003). Acerca del crecimiento abrupto, ver también Don Van Natta y Desmond Butler, "Anger on Iraq Seen as Al-Qaeda Recruiting Tool", *New York Times* (16/03/2003); Scout Atran, "Who Wants to Be a Martyr", *New York Times*, Op-Ed (5/05/2003).
- 12 Jason Burke, "Terror's Myriad Faces", *Sunday Observer* (18/05/2003).
- 13 National Intelligence Council, *Global Trends 2015: A Dialogue About the Future With Nongovernment Experts*, Washington (12/2000).
- 14 Ver, entre otros, artículos publicados en las dos revistas de temas internacionales más importantes, *Foreign Affairs* y *Foreign Policy*; un estudio inusual publicado por la American Academy of Arts and Sciences, *War in Iraq*; Kenneth Waltz, en Ken Booth y Tim Dunne, eds., *World in Collision*, Londres: Palgrave, 2002; y el informe de la Comisión Hart-Rudman acerca de las amenazas terroristas a EUA.

